

## Bibliografía

- Ahmed, Sara (2010). *The Promise of Happiness*. Durham, North Carolina: Duke University Press.
- Béjar, Helena (2015). «La identidad ensamblada: la ordenación de la felicidad». *Papeles del CEIC*, 133(2): 1-29.
- Bericat, Eduardo (2000). «La sociología de la emoción y la emoción en la sociología». *Papers*, 62: 145-176.
- Bericat, Eduardo (2015). «The Sociology of Emotions: Four Decades of Progress». *Current Sociology*, 64(3): 491-513.
- Cabanas, Edgar y Illouz, Eva (2019). *Happycracia. Cómo la ciencia y la industria de la felicidad controlan nuestras vidas*. Barcelona: Paidós.

---

## Modernidades y desafíos múltiples

**Josetxo Beriain, Celso Sánchez Capdequí y Javier Gil-Gimeno (eds.)**  
(Barcelona, Anthropos Editorial, 2018)

Descifrar la modernidad es una tarea irrenunciable para la sociología. Desde sus orígenes, esta disciplina fue concebida para analizar el tránsito de las sociedades tradicionales a las sociedades modernas. Sin embargo, para muchos de los sociólogos contemporáneos se ha convertido en un quebradero de cabeza. Fundamentalmente, porque, en ese ejercicio de abstracción analítica, la «sociedad moderna» se definió a partir de un modelo canónico de modernidad europeo-occidental, dando por hecho que su fermento cultural y sus constelaciones institucionales, en lo político y lo económico, formaban un todo coherente e indisociable.

Partiendo de este supuesto, las disquisiciones sobre la modernidad a lo largo del siglo XX se convirtieron en un juego de espejos, donde casi nada era lo que parecía. Para empezar, la «modernización» en el resto del mundo, vista desde Occidente, solo podía concebirse como un proceso de difusión por etapas (Rostow, 1973), consistente en la adaptación del modelo original a las realidades de otras latitudes. Durante la Guerra Fría, los debates académicos de la época se centraron en determinar «cuáles eran los concomitantes institucionales del crecimiento tecnológicamente inducido» en el mal denominado «Tercer Mundo» (Berger *et al.*, 1973); es decir, las discusiones giraban en torno al marco explicativo más adecuado o las políticas de desarrollo más eficaces para movilizar la economía nacional.

Sin embargo, tras la caída del Muro de Berlín y con el auge de la globalización las tornas cambiaron. Para entonces, el descrédito de las grandes teorías de la modernización estaba más que justificado, entre otros motivos, por su profundo eurocentrismo, su concepción evolucionista del cambio social y su ingenua confianza en el progreso tecnocientífico para resolver las expectativas de emancipación modernas. La sensación de entrar en un cambio

de época popularizó otro tipo de diagnósticos contemporáneos, como el del «fin de la historia» (Fukuyama, 1989) o el del «choque de civilizaciones» (Huntington, 1997), que, si bien abordaban las expresiones más visibles del fenómeno globalizador, resultaron ser excesivamente deterministas y, por lo tanto, insatisfactorios para comprender la complejidad del nuevo escenario.

Es de agradecer que ante un panorama tan incierto se publiquen obras como esta, dedicadas a replantear esa tarea fundacional de la sociología a la luz de las nuevas transformaciones sociales. De acuerdo con la tesis implícita en el título, lo que han puesto de relieve las tendencias modernizadoras y globalizadoras del pasado siglo, más que una homogeneización del mundo o una fragmentación cultural en bloques civilizatorios, sería la aparición de una serie de *modernidades y desafíos múltiples*. Se trata de una línea de trabajo inspirada por el concepto de «modernidades múltiples» del sociólogo Shmuel N. Eisenstadt (2000), que ya fue explorada en un trabajo previo de Josetxo Beriain (2005), en el que el sociólogo guipuzcoano aplicaba esta noción al estudio de las tipologías de modernidad europea, americana y japonesa, así como a la «moderna antimodernidad del fundamentalismo».

En esta ocasión, el trío de editores compuesto por el propio Beriain, junto a Celso Sánchez Capdequí y Javier Gil-Gimeno, nos propone una cuidada recopilación de nueve textos de diferentes autores, algunos de ellos inéditos y otros publicados por primera vez en castellano. Un elenco de voces variadas que coinciden —y este es un mérito de los editores— en abordar la modernidad desde una mirada interpretativa, con la vista puesta en sus diversas experiencias históricas. Una aproximación de este tipo se halla a medio camino entre los enfoques más institucionalistas, centrados en analizar los conglomerados institucionales típicamente modernos, y aquellos otros que se enmarcan en la crítica posmoderna o los estudios poscoloniales para estudiar las deconstrucciones y reconstrucciones de la modernidad desde sus márgenes.

Entender que existen diferentes modos de «ser moderno» implica admitir que «la modernidad [...] no es una civilización unificada, global en su extensión, sin precedentes en su capacidad de intrusión y destructividad. Más bien, el programa cultural y político moderno sería un conjunto de *notas provisionarias*, es decir, un conjunto de esperanzas y expectativas que comportan algunas condiciones mínimas de adecuación que pudieran ser exigidas de las instituciones macrosociales, sin importar cuánto pudieran diferir estas instituciones en otros aspectos. Quizá una de las características más importantes del programa moderno es su *potencial de autocorrección*, su habilidad para hacer frente a problemas ni siquiera imaginados en su programa original» (Beriain *et al.*, 2018: 6). Desde esta perspectiva, el cometido de la sociología de la modernidad es el de analizar las interpretaciones culturales de esas «esperanzas y expectativas» asociadas al ideal de autonomía moderno y su proyección en las instituciones macrosociales, poniendo el foco en las contingencias sociohistóricas que facilitan el que una interpretación particular predomine en determinadas circunstancias.

Siguiendo ese programa interpretativo, los autores dividen la obra en dos grandes bloques. El primero de ellos está dedicado a desengranar algunos de los principales ejes de conflicto que atraviesan los distintos tipos de modernidad. Comienza con un extenso ensayo de Jeffrey C. Alexander, «La construcción social de los universales morales». En él, el sociólogo americano analiza el concepto de «trauma cultural» a través de la experiencia histórica del Holocausto, centrando la atención en los procesos, las narrativas y la coyuntura que durante la segunda mitad del siglo XX transformaron un episodio concreto de violencia social —la que ejercieron los nazis sobre el pueblo judío— en una expresión universal del sufrimien-

to humano. Aunque en el caso del Holocausto, como bien matiza J. C. Alexander, esa universalización se ha limitado básicamente a Occidente, no descarta que pudieran darse experiencias de memorialización similares en otros contextos culturales para dotar de sentido a los inefables horrores de las violencias modernas.

El segundo capítulo, a cargo de Josetxo Beriain y Celso Sánchez Capdequí, propone una relectura de dos conceptos capitales para la sociología clásica, como son el «desencantamiento del mundo» de Max Weber y la noción de «resacralizaciones seculares» en Émile Durkheim, que todavía tienen mucho que ofrecer para entender el mundo de hoy. A partir de la genealogía del primero de ellos, los autores constatan de qué manera la racionalización de las estructuras de conciencia, primero religiosas, y después científicas, conduce a una mayor pluralidad de esferas culturales que no necesariamente implican la desaparición de los dioses, sino un «politeísmo de valores» que puede dar lugar a procesos de «reencantamiento del mundo». Una tesis que, según sus autores, está en sintonía con los escritos de Durkheim en los que se deja entrever la resacralización moderna de ámbitos en principio seculares, como son la nación y la persona humana.

Más cercano a la actualidad, pero sin perder por ello profundidad analítica, el tercer capítulo se ocupa del auge del populismo en las Américas. De acuerdo con el autor, Carlos de la Torre, se equivocan quienes identifican el populismo como «un fenómeno pasajero, transitorio y excepcional» y lo asocian con la irracionalidad y la anomia propias de los cambios estructurales profundos. Según el autor, esta es una hipótesis excesivamente normativa al diferenciar lo «normal» de lo «patológico» en la acción colectiva y, además, no se sostiene desde un punto de vista empírico. En su análisis de la ruptura con el orden neoliberal que se ha dado en Venezuela, Bolivia y Ecuador y, de manera más reciente, en los Estados Unidos de Trump, lo que se aprecian son diferentes cursos de acción cuyos efectos, democratizadores o autoritarios, dependen en buena medida de cómo se entienda al pueblo. Las construcciones del «pueblo-como-uno» y las interpretaciones pluralistas del pueblo difieren en su fundamento —étnico, en el primer caso, y político, en el segundo—; y aunque ambas narrativas pueden contribuir a politizar asuntos que antes se concebían como técnicos, sus prácticas en el poder también pueden erosionar la democracia desde dentro, tal y como ilustran las experiencias históricas recientes.

La construcción de la memoria colectiva nacional es el objeto que aborda el cuarto capítulo, a cargo del difunto Benedict R. Anderson. El planteamiento de Anderson contrapone la idea de «la bondad de la nación» a la de «la bondad de la religión» y se pregunta por las fuentes de la primera, teniendo en cuenta su carácter intrahistórico. Es decir, ¿quién garantiza la intachabilidad última de la nación en el contexto nacional? Para responder a esta pregunta el autor señala la importancia de la inocencia en el imaginario social de tres sujetos o grupos sociales miembros de la nación: los «que todavía no han nacido», pues carecen de atributos y de ellos depende la continuidad histórica de la nación; de ahí que los vivos nos sintamos «obligados» a ser ejemplares con las generaciones venideras. El segundo grupo serían «los vivos», pero no todos ellos, solo quienes mantienen su inocencia «tanto en términos sexuales como en lo relativo a los ritos de la ciudadanía adulta y de la participación política» (*ibid.*: 145). El último grupo sería el de «los muertos», es decir, los antepasados y quienes dieron su vida por la nación, que, si bien no necesariamente fueron inocentes en vida, redimen todos sus pecados por medio de su sacrificio. Estas serían las tres fuentes de legitimidad sobre las cuales, según Anderson, se construye «la bondad de la nación».

El último capítulo de esta primera sección lo cierra Maya Aguiluz con un texto titulado «Cuerpos y violencias contemporáneas: la cuestión del mal cotidiano», en el que recupera la idea del «trauma cultural» de J. C. Alexander desde el análisis de dos casos significativos de una nueva forma de ejercer la relación cuerpo-violencia, como son las desapariciones forzadas de los últimos años de la dictadura argentina y el asesinato de los 43 normalistas de Ayotzinapa, en el México contemporáneo.

La segunda parte del libro agrupa cuatro estudios de caso sobre tipologías de modernidad distintas: la modernidad escandinava o nórdica, analizada por Bo Stråth; la modernidad iberoamericana, por Francisco Colom González; la modernidad china, diseccionada por Tu Wei-ming, y la modernidad sureuropea, por Javier Gil-Gimeno. Así enunciadas, pudiera parecer que más que «modernidades múltiples» estamos ante una «multiplicación de modernidades», que replican la estructura básica de la modernidad europea enmarcada en unos contenedores culturales más o menos coherentes y homogéneos que se reproducen en el tiempo —véase la crítica de Peter Wagner al concepto de «modernidades múltiples» de Eisenstadt (Wagner, 2008: 12 y ss.)—. Sin embargo, no creo que sea una crítica acertada en el contexto de esta obra. Fundamentalmente porque, en su abordaje de los casos de estudio, los citados autores tratan de evitar la mirada del «contenedor cultural» para poner el énfasis, cada uno a su manera, en los elementos de hibridación, apertura e intercambio que han articulado —o podrían articular— los diferentes «programas culturales» en un mundo cada vez más globalizado.

En su trabajo sobre la modernidad nórdica, por ejemplo, Bo Stråth analiza las condiciones históricas previas que permitieron consolidar, desde diversos cursos de acción, la combinación de políticas progresistas que ha caracterizado la modernidad de los países escandinavos. Sin embargo, termina su contribución remarcando la necesidad de «un nuevo tipo de historia nórdica que hiciera más énfasis en la fluidez y en las interdependencias existentes entre las sociedades nórdicas y su entorno internacional». Un ejercicio de este estilo es el que plantea Francisco Colom en «Tras las huellas de la modernidad iberoamericana», donde realiza un exhaustivo análisis de las influencias que han ido configurando la cultura latinoamericana, ilustrando el profundo carácter sincrético de la misma. Un fenómeno que se entiende en parte por la necesidad de distanciarse del pasado colonial y del legado de la Conquista, y en parte por el acercamiento de los círculos intelectuales y las élites políticas a las influencias provenientes de Francia e Inglaterra durante los años de la independencia y, ya durante el siglo XX, de Estados Unidos. El resultado de estas hibridaciones se aprecia, según el autor, en la emergencia de una cultura barroca y una particular forma de entender los procesos de urbanización durante la primera modernidad, así como en el surgimiento posterior de la sociedad de masas en la región, a través de fenómenos como el populismo y el nacionalismo.

En el caso de China, Tu Wei-ming, identifica una tensión permanente entre los cambios rupturistas y acelerados que durante el último siglo ha vivido el país asiático —y la región del sudeste en su conjunto— y las exigencias de adaptación que plantean dichas experiencias de modernización en el plano cultural. Para comprender estas dinámicas entre lo local y lo global, propone examinar la interacción continua entre tres universos simbólicos: 1) el de las sociedades habitadas mayoritariamente por gente de etnia y cultura chinas (que abarcaría la China continental, Taiwán, Hong Kong y Singapur); 2) el que conforma la diáspora atomizada de chinos en el extranjero; y 3) los círculos profesionales que tratan de entender China intelectualmente para poder explicarla a sus respectivas comunidades lingüísticas.

En «La ética católica y el espíritu del capitalismo», Javier Gil-Gimeno disecciona algunos elementos de «ascetismo intramundano» en clave weberiana presentes en la cultura católica para analizar seguidamente su influencia en el caso español a partir del diálogo con varios autores. El primero de ellos es el propio Weber, que ya identificó una orientación intramundana en el modo racional de conducción de la vida practicada por los jesuitas a partir de los *Ejercicios espirituales* de san Ignacio de Loyola. Sin embargo, la racionalidad jesuita difiere de la del puritano. Es más, algunos autores, como Amitori Fanfani, sostienen que la racionalidad católica, a diferencia de la protestante, puede resultar contraria a las prácticas económicas del capitalismo. Para contrastar esta afirmación, Gil-Gimeno recurre al trabajo de Carlos Moya, José S. Casanova y Joan Estruch, que, desde la sociología, han estudiado el influjo de una variante alternativa de ascetismo intramundano católico —la que desarrolló el Opus Dei— en la modernización española. En la parte final del capítulo, Gil-Gimeno esboza, sin llegar a desarrollar una sugerente hipótesis sobre la existencia de un «proceso de orientalización» del ascetismo intramundano católico, que surge de la comparación realizada por el autor entre la ética católica, de una parte, y la ética confuciana y la ética samurai, de otra.

En definitiva, la recopilación de Beriain *et al.* (2018) ofrece un conjunto de textos heterogéneo, pero bien seleccionado, para quienes deseen profundizar en la literatura sobre modernidades múltiples o en cualquiera de los desafíos anteriormente mencionados.

por Guillermo OTANO JIMÉNEZ  
ojguillermo@gmail.com

## Bibliografía

- Berger, Peter; Berger, Brigitte y Kellner, Hansfried (1973). *The Homeless Mind. Modernization and Consciousness*. New York: Random House.
- Beriain, Josetxo (2005). *Modernidades en disputa*. Barcelona: Anthropos.
- Beriain, Josetxo; Sánchez Capdequí, Celso y Gil-Gimeno, Javier (eds.) (2018). *Modernidades y desafíos múltiples*. Barcelona: Anthropos.
- Eisenstadt, Shmuel N. (2000). «Multiple modernities». *Daedalus*, 129(1): 1-31.
- Fukuyama, Francis (1992). *El fin de la Historia y el último hombre*. Barcelona: Planeta.
- Huntington, Samuel P. (1997). *El choque de civilizaciones y la reconfiguración del orden mundial*. Barcelona: Paidós.
- Rostow, Walter W. (1973). *Las etapas del crecimiento económico: un manifiesto no comunista*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Wagner, Peter (2008). *Modernity as Experience and Interpretation. A New Sociology of Modernity*. Cambridge: Polity Press.